

Enrique Molina

Del sentido de la vida ⁽¹⁾



DE todos los problemas filosóficos el que más me ha interesado es el relativo a un concepto o sentido de la vida humana. Me refiero exclusivamente a la vida humana porque esta es la única en que cabe encontrar algún sentido en cuanto ejercicio de la razón o de una actividad creadora. Fuera de estas funciones la vida humana misma tampoco tiene sentido. La vida de los niños es, sin duda, algo muy bello y muy interesante; pero no se le descubre ningún sentido. Es como toda vida, un conjunto de funciones y movimientos coordinados para el mantenimiento de determinadas formas que son los organismos. Es un maravilloso despliegue de energías en las cuales no se ve otro fin que hacer una manifestación de sí mismas. Los niños y las personas ingenuas, como las flores y los animales bellos, constituyen testimonios del valor de la vida en sí. Pero al hombre que reflexiona no le satisface por completo este valor en sí de

(1) Este primer capítulo forma parte de una obra que se encuentra actualmente en prensa.

la vida y surgen las angustiosas preguntas sobre algún sentido posible de la existencia. Estas páginas no vienen a ser en resumen más que un ensayo, una confesión intelectual, sobre una manera de entender nuestra vida y sobre una posible concepción del espíritu. Por la finalidad de creación, tanto espiritual como material, que señalamos a la acción de los hombres podrían ser consideradas también como una metafísica de la conducta.

De las demás cuestiones filosóficas esenciales sobre que han venido controvirtiendo los filósofos a través de los siglos, tres quedan más o menos implicadas en la anterior, a saber: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la libertad del hombre. No podemos decir otro tanto del problema de la substancia. Sin embargo, nos llegará el momento de ocuparnos de él más adelante dentro de la forma en que lo desarrolló Spinoza. Pocos filósofos lo han tratado como este: con más penetración, con más rica elaboración de detalles y con más grandiosidad de líneas.

Tampoco es para nuestro plan la teoría del conocimiento un tópico esencial sin que con esto queramos negar la considerable importancia de tan fundamental problema. Decimos solamente que no entra en nuestro plan adentrarnos en su desarrollo. Creemos en la posibilidad de que las percepciones de nuestra inteligencia nos permitan conocer de una manera más o menos fiel las cosas que nos rodean. No pensamos que los objetos vayan a retratarse en nuestra mente como reproducio-

nes exactas de ellos mismos. Sabemos que el mundo material es mucho más complicado de lo que a simple vista parece al realismo ingenuo. Para la física no existen cosas en la forma en que nuestros sentidos nos lo hacen creer, no hay masas, no hay sustancias materiales. Sólo hay una fluencia de eventos en que giran, se apetonan, se atraen, se rechazan y estallan los electrones y protones que integran los átomos. Según la modalidad de estas fluencias se constituyen sistemas que son los cuerpos que nos ofrecen la resistencia del mundo exterior. Pero, pasando por sobre todas las discusiones epistemológicas, creemos en la posibilidad de tener ideas que podamos llamar verdades. Esto no quiere decir que hayan de ser definitivas. Los progresos de la inteligencia y las mudanzas de las cosas han de ir operando continuas modificaciones y retoques en las proposiciones que las formulan. Tampoco han de entenderse como copias de la realidad externa. La representación de todo lo concreto es en nuestra mente una combinación de símbolos y las abstracciones no existen en la realidad, de manera que su conocimiento no es otra cosa que signos, entidades y lineamientos creados por la mente. La verdad no vendría a ser sino una correlación acertada y favorable en algún sentido a nuestra vida entre nosotros y el mundo exterior.

Con lo dicho queda dilucidada también para nosotros la larga controversia sobre el *suje to*, o ser que conoce, y el *objeto*, o cosa conocida. No concebimos la inteligencia del hombre como una simple placa

copiadora y reproductora de imágenes. En las elaboraciones de la inteligencia, desde la sensación hasta la idea, hay la manifestación de una fuerza espontánea, un trabajo sintético, que tiene algo de creación. Pero esta creación no llega tampoco hasta donde lo pretende el idealismo epistemológico, que no acepta otra realidad que la del pensamiento o la idea y deja reducida la realidad exterior poco menos que a una fantasmagoría forjada por nuestra mente.

• • •

Hemos llegado al tema que nos preocupa. La filosofía, ha dicho Simmel, no es más que la reacción, la respuesta de una conciencia ante la totalidad del ser. ¿Qué manera más urgente de responder que buscar el sentido de la existencia? La solución de todos los demás problemas metafísicos es incierta. Los grandes sistemas—fuera de esta cuestión que ciertamente no dejan de tocar—parecen más bien magníficas obras de arte, desgastadas y borrosas por la acción del tiempo, antes que interpretaciones de la realidad. Es claro que nuestro asunto no deja de estar relacionado con los demás; pero es de certidumbre absoluta que vivimos y que nuestra razón nos hace preguntarnos qué clase de destino vamos a encontrarle a esta vida, o cual es el sentido de la vida humana. De manera que dar la preferencia a este problema sobre otros problemas filosóficos, lleva, en si la ventaja de desenvolverse en un terreno de mayor cer-

tidumbre fuera de ser el de mayor interés para los hombres desde el punto de vista de la conducta. El hombre no puede dejar de discurrir sobre este tema porque es un ser de entendimiento y razón que forma juicios sobre todas las cosas. Algunos de esos juicios los podríamos llamar de «finalidad». «Eso sirve para tal cosa», decimos. «Aquello tiene un objeto determinado». «A eso otro no se le ve destino». ¿Cómo esperar que el hombre no formule juicios análogos sobre su propia vida?

A muchos podrá parecer cuestión ociosa andar buscando un sentido universal de la vida, un sentido valadero para todos los hombres. Tal ocurre en verdad cuando nos salimos del ámbito de nuestras preocupaciones personales porque nos vemos asediados por los menesteres y dificultades de la existencia diaria que no nos dejan reposo para reflexionar. Y esta es la tragedia-comedia de casi todos los hombres. Si somos pobres, porque no podemos descansar en el afán de buscarnos el pan, el vestido y cuanto requerimos para nosotros y los nuestros. ¿Qué otra finalidad podrá dar a sus actos el padre desvalido cargado de hijos, que la de mantenerlos y asegurarles algún porvenir? ¿Qué otra aspiración polarizará los desvelos del estudiante que apenas tiene con que comer y vestirse, mientras sigue sus cursos, que la de salir de esa situación y llegar pronto a la planicie de plenitud y holgura divisada en la lejanía? Para todo el que sufre de algún mal físico o moral, ya sea la miseria, la injusticia, la explotación o el dolor, las potencias de su alma se agudizan en la dirección de

escaparse del quebranto que le abruma. La vida sería tan bella, piensa, sin esa negrura, sin ese pesar, y no necesitaría ulterior explicación.

Si somos ricos los cuidados de nuestra hacienda y mil atenciones y distracciones superfluas nos roban las horas.

Si somos políticos, conductores de pueblos, periodistas, jueces, profesores, militares, sacerdotes o agentes de policía, nuestras vigiliasson cortas para conseguir malamente que ricos y pobres, hombres y mujeres, vivan en paz hasta donde sea posible. ¿Y qué decir del fin que señalarán a la vida los que luchan en una guerra extranjera o civil? Triunfar, salir de ese infierno.

Los que consagran sus desvelos a la protección de la infancia abandonada, a la mujer desvalida, a los reos, a los hospitales, a la lucha contra el alcoholismo, en una palabra a nobles obras de filantropía y bienestar social, se preguntarán a qué viene esta filosofía. Ellos que encuentran sus días y recursos siempre escasos para hacer todo lo que las necesidades sociales reclaman, no podrán dejar de formular una interrogación sobre qué utilidad abona al problema general que presentamos. No tienen tiempo que perder en estas lucubraciones. Y, sin embargo, las ideas que vamos a proponer forman la filosofía de lo que ellos mismos están haciendo.

Los investigadores científicos, los exploradores, los organizadores de industrias llenan la finalidad de su vida con el ejercicio de la actividad que los apasiona.

Algo semejante ocurre con los enamorados. Para estos la vida no tiene otro sentido que la satisfacción de su amor. Una variedad del tipo anterior es la formada por aquellos desorientados, sensuales y escépticos a la vez, que tratan de hacer interesante la vida quemándola en alguna pasión abrasadora.

Menos dramático, aunque de la misma familia, son los avaros y los viciosos.

La vida tomada así no pasa de ser un torbellino que nos envuelve y nos arrastra sin que lleguemos a darnos cuenta de ella en la totalidad de su significado. Somos leños llevados por el turbión. Esto no quita que el estar en la corriente en que se entrechocan las pasiones y en que se suceden los placeres y los dolores no sea hondamente interesante. Pero en el fondo de toda existencia práctica queda, por lo general, en nuestra edad escéptica como único residuo conceptual el de que «la vida es la vida, la vida es buena o mala, o buena y mala. Vivámosla como es».

No se nos diga que en este cuadro, ante la busca de un sentido de la vida, hemos exagerado la platitud de los hombres. A este respecto los más son rebaño, rebaño sensual.

De lo dicho se desprende que la vida es primordialmente acción. Cuando obran caracteres entusiastas e idealistas es acción dinámica, y cuando parte el movimiento de los abúlicos o apáticos es acción resignada. Sólo como flor de cultura se eleva a contemplación.

Por excepción llega esta contemplación a culminar

en un sistema independiente, creación y fruto de alguna mente poderosa. El común de los hombres no hace otra cosa—y ni siquiera se le ocurre hacer algo distinto—que aceptar algún cuerpo de ideas que encuentran en el medio social en que crecen. Al abrir el hombre sus ojos ante este universo maravilloso y tentar una explicación de conjunto del cosmos y de sí mismo las creencias imperantes le ofrecen toda clase de soluciones definitivas para las cuestiones más arduas y angustiosas. Los misterios relativos al origen del mundo y de los seres y al destino del hombre desaparecen para dar lugar a esquemas claros con perspectivas de vida eterna, en parte halagadoras y en parte también encaminadas a infundir terror.

De esta suerte se inserta el cuadro de la vida cotidiana en un círculo más vasto de creencias transcendentales. Para los místicos este último constituye únicamente la verdadera realidad. Sólo ahí se satisfacen sus ansias de eterna beatitud.

Por desgracia no ha habido religión que con el correr del tiempo, la acción deletérea de los intereses políticos y sociales que la contaminan y los descubrimientos y análisis de la razón humana, no haya ido perdiendo gradualmente su poder de convencer y de infundir la fe. Es verdad que ninguna religión puede llevar el convencimiento si se la mira desde un ángulo exclusivamente intelectual, porque en eso precisamente consiste su esencia: en trascender de lo inteligible. Pero no obstante que millares de almas efectúan este paso y

hacen su vida consoladas y esperanzadas, a la sombra de la gracia y de la fe, son muchos los hombres que en nuestra época han sufrido la influencia que indicamos y cuyos espíritus se resisten a toda concepción de lo suprasensible.

Un caso típico de reacción contra este estado de cosas lo presenta Miguel de Unamuno en su libro «Del sentimiento trágico de la vida». Es un clamor atormentado, a grito herido, en favor de la inmortalidad. Confiesa el ardoroso escritor que la vida eterna del hombre no puede probarse por la razón, que sólo el sentimiento es capaz de afirmarla. De aquí que, para considerarla como segura perspectiva, ponga en tensión todas las potencias de su alma y escriba poseído de un verdadero frenesí. Si sé que me he de morir del todo . . . «entonces la desesperación irremediable». «Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material». ¡Desesperarse, temblar!—¿Hemos leído bien? Sí, eso dice el filósofo.—¿Para qué escribirían Epicuro, hace dos mil años, y Lucrecio, poco menos, tan bellas páginas acerca de la inanidad del temor a la muerte? ¿Qué ha sido de la prédica de serenidad que desde hace dieciocho siglos vienen haciendo los Pensamientos de Marco Aurelio? «Si la conciencia no es, como ha dicho algún pensador inhumano, continúa nuestro autor, nada más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas no hay nada más execrable

que la existencia». ¿Execrable? Esto no pasa de un denuesto a la española. Y lo que ha hecho el pensador que tilda de inhumano no es tal vez otra cosa que una triste confesión para desahogo de su alma también oprimida. En su anhelar desesperado, llega Unamuno, siguiendo a Pascal, a llamar monstruos a los que viven sin inquietarse por el problema de ultratumba.

Es sin duda conmovedor el caso del filósofo español: pero no me parece propio del hombre animado de verdadera fe en una vida futura. Estimo la fe en la inmortalidad del alma como uno de los mayores bienes que puede alcanzar el hombre en este mundo: un bien para mantenerlo en perpetua beatitud. Quien ha logrado esta gracia debe mirar a los que no participan de su creencia con honda, hondísima compasión, como unos desgraciados; pero no con enojo. Podrá llamarlos, si se quiere, infelices hermanos, pero no monstruos. Fe que se irrita no es verdadera fe. La fe, convivencia con lo divino, como mensajera del cielo, debe bañar el alma en placidez celestial.

Ha habido sin duda algo de trágico en la ruptura con un pasado de fe tradicional. Ha sido el tránsito de lo que se estimaba seguro y sólido a lo incierto, vago y tremante. Muchas naves de los destinos humanos han quedado privadas de su imponente envergadura espiritual. Ya saben que no las impulsan vientos de eternidad y crece en las tripulaciones el número de los escépticos y desorbitados.

Este viento secante de desilusión y de duda ha

venido a esfumar también la creencia en un espíritu puro, cósmico, universal, que fuera como una garantía de lo espiritual en la vida de los hombres e influyera en ellos de manera más o menos providencial. Estas páginas constituyen, precisamente, una tentativa para salvar de las marejadas de la duda lo espiritual, y ofrecer una interpretación de ello, aceptable aún para los escépticos, formulando una consideración de lo espiritual en la vida humana, en lo que tiene de constructivo y creador y en lo que envuelve de exigencias éticas.

El conjunto de la historia en sus grandes líneas se nos aparece como una doble creación del hombre. Decantación de los esfuerzos, afanes, tribulaciones, luchas y dolores humanos son el enseñoreamiento y transformación de la materia y la creación de un mundo espiritual de ideas, conceptos y valores. Puede constituir la esencia del universo la *substancia* creadora de que habla Spinoza o la *voluntad* de Schopenhauer, entidades ambas reductibles al concepto de energía y sucedáneas de un Dios personal, cuando éste ha desaparecido del cielo de las creencias. Ambas se justifican en la necesidad de poner término a las interrogaciones que suscita el origen del mundo. La serie de las causas sería infinita si no se acepta un principio autónomo y espontáneo que sea causa de sí mismo y de cuanto existe. Así nos encontramos en la necesidad trascendente de aceptar un postulado inicial. Reconociendo la posibilidad de esa energía operante por doquiera no cabe negar que, como ya hemos dicho, nos movemos en un

plano de mayor certidumbre cuando, volviendo de las regiones de lo trascendente, nos concretamos al sentido de la vida humana, sin perjuicio de que esta misma no sea más que la superior manifestación de la energía que obra en todo el universo. Lo material y lo espiritual a que nos hemos referido no se encuentran jamás en estado de absoluta pureza, sino que son elementos que se compenetran mutuamente. Los términos espíritu y materia son puros sólo en cuanto abstracciones de la mente humana. Tanto en las transformaciones que opera en el mundo material como en sus lucubraciones de orden espiritual el hombre obra movido por una necesidad vital y formando designios; pero los resultados generales suelen no corresponder a estos designios. La caducidad amenaza a todas las creaciones del hombre, pero va quedando de ellas una esencia que es la cultura. Corresponde al propósito de nuestro estudio examinar si en el afán de los siglos debemos ver un progreso o no y entresacar de la turbia corriente los valores que más convengan a un mejor destino nuestro.

En consonancia con lo que venimos diciendo nuevas escuelas filosóficas son la expresión de grandes sectores espirituales de nuestra época. Fatigada el alma de vagar inútilmente por los espacios cósmicos en busca de lo substancial, de lo infinito y de lo eterno, vuelve la lupa aumentadora de la observación y de la atención a lo genuinamente, a lo cordialmente humano. Realza a la categoría de supremos valores para nosotros todo lo

que se refiere a nuestra precaria vida humana, a la conducta de los hombres, a sus miserias y dolores, a sus luchas interminables, a sus esfuerzos por mejorarse, a sus esperanzas y amores, a las bellezas de esta tierra que nos ha dado el ser y nos lleva consigo.

El ciclo esbozado en estas líneas no se ha desarrollado una sola vez en la historia sino varias.

Entre los antiguos griegos, los sofistas, los cirenaicos, los cínicos, los epicúreos y los estoicos representan esta tendencia. Buscan, ante todo, lo que puede ser el bien, la felicidad, el placer para el hombre. Su filosofía, sin negarse a vuelos especulativos, se reduce especialmente a sabiduría práctica, a ciencia de la conducta, a ética.

No hay que olvidar, sí, que el placer de estos filósofos es un magro placer. Se contentan con muy poco; suprimen todo lo superfluo y les basta lo estrictamente indispensable para satisfacer las necesidades naturales. Un hombre de mundo de nuestros días se vería defraudado si ajustara su vida al compás de lo que era placer para Epicuro, que no pedía más que pan y agua, libertad y aladas pláticas con sus amigos y discípulos. No digo un hombre de mundo, un obrero encontraría que esa era vida de anacoreta antes que vida de placer.

En nuestra época han hecho de los valores e intereses humanos su preocupación esencial la escuela utilitaria, la positivista, la evolucionista y la pragmatista. Por supuesto que no pueden prescindir del enorme

caudal de conocimientos sobre el cosmos acumulados por los progresos de la astronomía, de la física, de la química y de todas las ciencias en general. Es verdad que para la más radical de esas escuelas en el sentido de la finalidad humana, la pragmatista, todo nuestro saber respecto del mundo material no puede tener otro objeto que someterlo a nuestra dominación, subyugarlo para que nos sirva y para que vayamos mejorando de condición. Buscar un conocimiento independiente de este fin práctico, un conocimiento de las cosas en sí, constituye para el pragmatismo una quimera. El pragmatismo ha hecho suya, como divisa orgánica, la máxima esencial de Bacon: «saber es poder».

De suerte que así como las escuelas antiguas que he mencionado se circunscribieron preferentemente a la ética, de igual modo el pragmatismo quiere hacer que la filosofía se contente sólo con recorrer los senderos de la tierra y, armada de los recursos que le suministren la economía, la técnica, la eugenesia, la política y tal vez la sociología, vaya curando los males de los hombres. Como, por otra parte, desconfía de todo principio general, y únicamente cree eficaz una inteligencia adiestrada en el examen y solución de cada problema particular, la filosofía pragmatista tiene algo de casuística.

Un rasgo, diferencia fundamentalmente a las escuelas antiguas de las modernas: estas tienen en su ideario la concepción del progreso. Para muchos la fe en él posee las virtualidades capaces de dar un sentido a la

vida.—¿A que hemos venido al mundo? se preguntaba Stuart Mill.—A dejarlo un poco mejor de como lo hemos encontrado, respondía.

Nosotros creemos también que sea posible investir de tan alta función al concepto de progreso; pero a condición de no mantenerlo exclusivamente en el plano social y político, donde tanto se ha abusado de él y se le ha vulgarizado; a condición de mirarlo como creación espiritual como uno de los modos por donde el hombre llega a la realización de su vida espiritual, consistiendo el otro en hacer la vida dentro del reconocimiento de valores tradicionales. En la práctica, lo más frecuente es que ambas formas se mezclen, ya haciendo pesar sobre todo las normas tradicionales, ya las innovaciones reformadoras.

Cuando se han perdido las creencias religiosas no queda más que una alternativa. O se vive la vida diciendo que no tiene sentido. Es lo que proclaman hoy en día no pocos individuos de las más variadas condiciones. En este caso los hombres no parecen sino albañiles remendones obligados a reparar un edificio que amenaza desplomarse sin cesar. Y ese edificio es su propia vida. Hasta que se desploma.

O no nos resignamos a dejar de darle un sentido a este vivir consciente, angustioso y esperanzando, placentero y doloroso, humano, en una palabra. Esto es lo que intentamos. ¿Vamos a proponer una fórmula en que se pretenda hacer calzar todos los hechos y todos los fenómenos de la existencia? ¡Ah, no! La vida es

demasiado rica para eso y rebalsa todos los moldes en que se quiera aprisionarla. Todo sistema filosófico es por tal razón incompleto. Se trata sólo de ofrecer una idea conductora, a cuya luz se presenta como principal problema del hombre la realización de su vida espiritual, y todo lo demás es sub-problema integrante de la armonía total que debe resultar. Nos expresamos así para colocarnos, como de un salto, en el centro mismo de la cuestión. Sabemos que hay que comer, vestirse y tener un techo. Entendemos también que los más modestos trabajos no están exentos de espiritualidad siempre que haya una orientación ética. Cuando al realizar su vida espiritual el hombre llega a una acción creadora, pasa a ser al mismo tiempo realizador del espíritu y nos parece ver que por esa acción lo humano a veces se diviniza y lo divino, buscando hacerse real, desciende a humanizarse.